

Luis del Val



**Mi querida
España**

LUIS DEL VAL
MI QUERIDA ESPAÑA



ESPASA

© Luis del Val, 2018

© Espasa Libros S.L.U., 2018

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito Legal: B. 7.664-2018

ISBN: 978-84-670-5241-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

ÍNDICE

ENTRE PRÓLOGO Y JUSTIFICACIÓN	13
1. DE LA NEURÓTICA Y COMPLICADA RELACIÓN DE LOS ESPAÑOLES CON SU BANDERA	17
Origen de la bandera	18
Breve intermedio histórico	20
Cuando Cataluña se separó de España	24
Volvamos a las banderas	28
Apropiación indebida	34
Bandera y desidentificación	36
El fin de los complejos	39
Acción-reacción	40
2. ¡LA TRANSICIÓN? ¡UHF, QUÉ ASCO!	47
Los cuatro intentos. Operación Galaxia	51
El golpe de los coroneles	56
El cuarto intento	61
3. HORARIOS ESPAÑOLES	70
Cuando Franco cambió de sitio el meridiano de Greenwich	70
La siesta	72
Madrugar como alemanes, acostarse como españoles	77

Pausas de mañana y tarde. Los bares	80
El horario en la Administración. La burocracia	83
Sobredosis de funcionarios	87
Los horarios comerciales	90
Puntualidad	94
El descabellado horario del ocio juvenil	99
El botellón	102
4. DE LAS RECONTRARREFORMAS EDUCATIVAS	110
Autonomía y endogamia académica	114
Las exageraciones universitarias, ¡más madera!	117
De nuestro amor al eufemismo	122
El anglicismo como eufemismo general	129
5. DEL PREMEDITADO DESALIÑO INDUMENTARIO	133
6. ADEMÁS DE TELEVISIÓN	140
España es un país de cine	140
España, un país de radio	154
7. ESPAÑA Y LA RELIGIÓN	163
8. LA ESPAÑA DIVERSA	166
9. DE LA DIFÍCIL Y NEURÓTICA RELACIÓN DE LOS ESPAÑOLES CON SU MÚSICA Y SU FOLCLORE	169
El pasodoble	171
La copla	174
10. ANIMALES Y ANIMALISTAS	178
Los toros	180
Este negocio es una ruina	188
11. COCINAS NUEVAS Y VIEJAS	192
El fenómeno inexplicable	199

El deslumbrante mosaico culinario	202
Territorio y personalidad	204
12. TACAÑERÍA Y GENEROSIDAD	212
Inocencia presupuestaria	214
Campeones del mundo en donación de órganos	220
El trasplantado Raphael	222
Impuesto y tacañería	227
Tacaños en el reconocimiento	230
13. RECOMENDAR Y SER RECOMENDADO	233
14. PAÍS DE VIEJOS	241
A MANERA DE DESPEDIDA	244

1

DE LA NEURÓTICA Y COMPLICADA RELACIÓN DE LOS ESPAÑOLES CON SU BANDERA

Nunca he entendido por qué los paquetes de cigarrillos contienen veinte unidades distribuidas en tres filas. La distribución no es armónica. Hay una fila de siete, a continuación otra de seis cigarrillos, y una tercera que vuelve a contener siete unidades. Por ejemplo, si los paquetes contuvieran treinta cigarrillos se podrían llenar con tres filas de diez, sin huecos, aunque eso supusiera ampliar el volumen del paquete. Porque ¿quién es el dictador que define de una vez y para siempre el tamaño de los paquetes de tabaco? O, en otro campo menos vicioso, ¿quién definió el volumen de los yogures, y cuál fue su acierto, que apenas tuvieron variaciones?

Entiendo que estas incógnitas tan cotidianas y pedestres aburrirían a cualquier filósofo, pero también es cierto que los filósofos no representan una amplia mayoría de la sociedad. Una sociedad con exceso de vendedores y déficit de filósofos está como corresponde a sus excesos y a sus carencias.

Pero una vez que los filósofos han dejado de leer, volvamos a estos diminutos misterios, cuya etiología es tan difícil de desentrañar.

Durante mi infancia, en plena dictadura, la bandera de España solo se veía en los cuarteles y en los estancos. Está claro que la

bandera debe ondear en los cuarteles —no van a poner el escudo del equipo de fútbol favorito del coronel—, pero nunca logré entender la causa o razón por la que la bandera de España estuviera pintada en la fachada de todos los estancos.

De esta manera el símbolo de la patria era algo con el que convivías al hacer el servicio militar o con el que tropezabas al comprar un sello de correos, una letra de cambio o un paquete de tabaco. ¿Por qué en los estancos y solo en los estancos?

Se podría admitir como argumento que el estanco era una concesión administrativa del Estado y, puesto que el Estado otorgaba el poder de operar en su nombre, el adjudicatario sentía la necesidad de explicar al público su origen administrativo. Pero en la resolución no creo que constara la condición de poner la bandera, aun a pesar de que los productos a la venta procedían de Tabacalera Española, empresa pública, netamente española.

Contra esta simplista explicación hay ejemplos palmarios en contra, como son las administraciones de loterías. También son una concesión estatal, a través de la Sociedad Estatal Loterías y Apuestas del Estado pero cuando vas a comprar un décimo no te encuentras con la bandera española. A no ser que, en años en los que el cáncer de pulmón y de garganta no estaban tan asociados al tabaco, se considerara que fumar era una manera patriótica de sostener a una empresa nacional como Tabacalera.

ORIGEN DE LA BANDERA

Camino del primer cuarto del siglo XXI, todavía en muchos sectores de la sociedad se asocia la bandera española al dictador Francisco Franco, pero Franco lo único que hizo fue incorporar a una bandera que estaba vigente desde el 13 de octubre de 1843, a través de un real decreto de Isabel II, el águila de San Juan, a la que los castizos dieron en llamar «el pollo».

En realidad el origen de la bandera es anterior, y nos viene del mar. No es que se apareciera sobre las aguas, sino que los barcos

necesitaban unos colores para distinguir los que eran de la flota de un país de la de otros, y mucho más necesario si el otro era un país que estaba en guerra. Cañonear un barco sin saber si pertenece a la misma Armada es tan estúpido como tener que acercarse tanto para comprobarlo que se corriera el riesgo de que el otro barco cañoneara al prudente.

A Carlos III la Marina le plantea la necesidad de buscar un pabellón que se identifique con España, y a los tripulantes de nuestros barcos les sea fácil saber si la nave que se acerca es amiga o enemiga. El problema viene con la llegada de los Borbones, o sea, de Felipe V, porque lleva el color blanco en su escudo, como otras dinastías de Europa, de tal manera que cuando los barcos salen a la mar, desde lejos parecen que todas las naves tienen el mismo pabellón. Tan es así que hasta con catalejo era difícil saber si un barco era español, francés, inglés o siciliano. En tiempos de paz no parece un gran inconveniente, pero Francia, España e Inglaterra no se han caracterizado precisamente por largos periodos de paz.

El rey le encomienda a su ministro de Marina, Antonio Valdés y Fernández Bazán, que le presente un muestrario de colores para evitar el peligro. Este burgalés, que tiene un monumento en la localidad riojana de Fuenmayor, fue un arriesgado marino que logró represar una nave española en los mismos muros de Argel, y que reorganizó el desbarajuste de nuestra Armada en los finales del siglo XVIII. Eficiente como era, el rey no tardó en hallarse ante un amplio surtido de combinaciones, inclinándose por la mezcla del rojo y el amarillo, por ser colores que se distinguían fácilmente en los monótonos azules y grises del cielo y el mar. No solo eso, sino que, guiado por intuiciones que nadie ha sabido explicar, decidió que la franja amarilla fuera el doble de ancha que las dos rojas. Además, lo explica de manera específica y detallada en el Real Decreto de 28 de mayo de 1785, donde tras advertir de la necesidad de que se sepa de qué nacionalidad son los barcos españoles para reconocimiento entre ellos y advertencia a los enemigos, desciende al detalle:

[...] he resuelto, que en adelante usen mis Buques de guerra de Bandera dividida á lo largo en tres listas, de las que la alta, y la baxa sean encarnadas, y del ancho cada una de la quarta parte del total, y la de en medio amarilla, colocándose en esta el Escudo de mis Reales Armas reducido á los dos quarteles de Castilla, y Leon con la Corona Real encima; y el Gallardete con las mismas tres listas, y el Escudo á lo largo, sobre quadra-do amarillo en la parte superior.

Adviértase que todavía no estamos ante la bandera de España, sino ante la bandera de las naves españolas.

Unos años más tarde, reinando ya Carlos IV, el Ejército de Tierra adopta también la roja y gualda como símbolo de identidad, pero sigue siendo una bandera de marinos y militares. Sin embargo, ocurre algo que forma una simbiosis entre milicia y población civil, que es la guerra de la Independencia, y la roja y gualda se convierte en la bandera de los españoles.

BREVE INTERMEDIO HISTÓRICO

Señala Vicens Vives —uno de nuestros historiadores más agudos e incisivos del siglo xx— que la guerra de la Independencia supuso un gran resurgimiento patriótico... a la vez que nos alejaba de las refrescantes ideas de la Revolución francesa. Y no es que toda España aborreciera la libertad, la igualdad y la fraternidad —ahí están las Cortes de Cádiz—, sino que esa ideología, en lugar de venir de la mano de amables profesores y pedagogos amenos, llegaba en la mochila de los soldados de Napoleón y, claro, al rechazar a los soldados, se rechazaba el paquete completo.

La España intelectual e ilustrada era afrancesada, mientras la España agrícola, dominada por el clero, sentía recelo ante cualquier cambio, y la más mínima variación en las costumbres le espantaba como una revolución peligrosa.

Jaume Vicens Vives sufrió los rigores de la dictadura, fue inhabilitado al término de la guerra, desterrado de Cataluña, tuvo que subsistir dando clases particulares hasta que algunos intelectuales del Opus Dei, como Rafael Calvo Serer, lo avalaron para que le fuera restituida la cátedra, porque la mayoría de los intelectuales se habían tenido que marchar fuera de España, huyendo de unas represalias ciertas y mucho menos amables que las del historiador catalán. Pensaron, y era acertado, que puesto que la dictadura se había quedado con muy pocas cabezas pensantes, no estaban los tiempos como para desprestigiar a los pocos que habían permanecido. Curiosamente, el historiador murió en Lyon, pero no porque hubiera tenido problemas con el régimen, sino porque le llevó allí el intento de curación de un cáncer al que no sobrevivió. Luego, su cuerpo sería enterrado en Cataluña.

Sostenía el eminente historiador que las dos circunstancias que habían contribuido al retraso que tenía España respecto a Europa, a mediados del siglo XX, eran la guerra de la Independencia y el fracaso de la Segunda República, seguido de la guerra civil.

La guerra de la Independencia fue muy heroica, contribuyó a un invento español, que luego se exportó a todo el mundo, la guerrilla, consolidó el sentido patriótico, pero nos encerró en el tradicionalismo. Luego, tras la Segunda Guerra Mundial, mientras en Europa convivían la democracia cristiana y la socialdemocracia, incluso el comunismo en versión suave, aquí, dentro de las fronteras, todo eso de la democracia eran inventos del demonio, peligrosas experiencias. Y así, mientras Francia y Alemania olvidaban el pasado, creaban en 1950 la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), antecedente del Mercado Común Europeo, que luego se convertiría en la Unión Europea, aquí en España se hablaba de la conspiración judeomasónica, un difuso y potente enemigo exterior que nos impedía desarrollarnos económica, social e intelectualmente como nuestros vecinos del norte.

En ese ambiente, al morir el historiador, el lúcido Josep Pla dice que su pérdida supone «la más devastadora que el país ha sufrido en los años que vamos “mediocrementemente”, viviendo». Las comillas al

adverbio «mediocrement» las he colocado yo, porque Josep Pla no era precisamente un comunista, pero su inteligencia y su sensibilidad no habían amodorrado su capacidad de observación.

¿Y qué sucede en el País Vasco y en Cataluña durante la guerra de la Independencia? Pues el comportamiento es similar al de cualquier otra región, con la diferencia de que en el País Vasco y Navarra, están ya tan históricamente acostumbrados a la presencia de los franceses que casi les parece algo cotidiano.

A todo esto, la ocupación del ejército francés se debe a una ingenuidad de Godoy, que permite que entren las tropas francesas por territorio español para llegar a Portugal y conquistarla. Napoleón le había prometido a Godoy que el sur de Portugal sería para él. Y puede que se lo creyera, de la misma forma que Carlos IV se murió sin comprender cómo un emperador podía traicionar su palabra. El caso es que vino el motín de Aranjuez, y Napoleón fracasó en Portugal, pero se quedó en España.

No se crea que Godoy era un ingenuo. Era brillante y buen diplomático, en unos tiempos en los que la política exterior de España consistía, fundamentalmente, un mes en aliarse con Inglaterra en contra de Francia y, al mes siguiente, aliarse con Francia para combatir a Inglaterra. Y no es exageración. Asimismo, está ya dado por falso que la ascendencia irresistible de Godoy se debiera a unos hipotéticos amores con la esposa de Carlos IV, María Luisa de Parma. No despertó aquí muchas simpatías la nieta de Luis XV de Francia, pero con trece embarazos, catorce hijos, y otros trece embarazos que concluyeron en abortos, es bastante difícil que tuviera tiempo y espacio para alguna relación amorosa, teniendo en cuenta que Manuel Godoy poseía muchas habilidades, pero no se ha demostrado, al menos hasta ahora, que fuera ginecólogo, que es lo que al parecer más necesitaba María Luisa de Parma.

Pero en la guerra de la Independencia sí que hubo algún amor cortesano, y quizás el más famoso sea el de José Bonaparte con María del Pilar de Acedo y Sarriá, condesa del Vado y de Echaz, esposa del marqués de Montehermoso. Precisamente se conocen en su palacio de Vitoria.

José Bonaparte va a sentarse en el trono de España, viene de Francia, y hace un alto en Vitoria, donde le ofrecen una cena de gala en el palacio del marqués de Montehermoso, propiedad de don Ortuño Aguirre del Corral. Tanto el marqués como su esposa son afrancesados y hablan perfectamente el idioma del nuevo rey, incluso la marquesa consorte escribe poesías en francés. Durante la cena, José Bonaparte se queda encandilado de la belleza, la cultura y la elegancia de su anfitriona, que tiene entonces veinticuatro años. Su esposo está cerca de los cincuenta y es hombre ilustrado y curioso de la ciencia. Preside la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, posee una de las mejores bibliotecas del País Vasco, y tiene un gabinete de ciencias naturales que visitó el eminente Humboldt, cuando, el considerado padre de la geografía moderna, pasó por España. Es decir, no se trata de esa nobleza alejada de las letras y cuyas inquietudes se centran en la caza, en la mesa y en la alcoba. Pero la alcoba es un factor imprescindible en cuestión de amores, y, tras la despedida, antes de dos semanas, José Bonaparte vuelve a Vitoria, no exclusivamente por el atractivo de la marquesa, sino porque mientras José Bonaparte se instala en Madrid, tiene lugar la batalla de Bailén, donde por vez primera un ejército napoleónico es reducido y apresado. De Bailén a Madrid no hay demasiada distancia y el nuevo rey decide establecer su corte en Vitoria, que no está demasiado lejos de Francia. Una vez pasado el susto, tiene la recompensa de volver a encontrarse con María del Pilar de Acedo y Sarriá, y esta vez se establece un vínculo más estrecho, más íntimo y menos público. A don Ortuño no parece afectarle demasiado la relación de su esposa con el nuevo rey, y los tres son discretos, y José Bonaparte, que es agradecido, nombra a don Ortuño Grande de España y, además, le compra su palacio por trescientos mil reales, que es una de esas cantidades a la altura de las que manejan los políticos corruptos de nuestros días.

La compra tuvo efectos colaterales. Un poco antes de firmarse el contrato, José I le preguntó a uno de sus principales cortesanos, el conde Girardin, si le parecía demasiada cantidad. El conde no

debía de ser muy buen cortesano, porque no se le ocurrió otra cosa que el siguiente comentario:

—El palacio no vale los trescientos mil reales ni con la marquesa dentro.

Y la consecuencia inmediata fue que el palacio se adquirió, se convirtió en el palacio real de José I, y el conde fue expulsado de la Corte, por mal cortesano, que se diría entonces, o por gilipollas, que se diría ahora.

La colaboración vasca con José I no fue solo a través de las sábanas, sino que hubo un par de ministros, o secretarios de Estado, que intentaron ayudar al nuevo rey en la organización de un Estado que se derrumbaba al otro lado del océano, y porque la nobleza y muchas personas pertenecientes a la incipiente burguesía, e incluso el pueblo en general, estaban más preocupados por los fueros y las diputaciones que por el hecho de que las Vascongadas quedaran encuadradas dentro de Francia o de España. Pero téngase en cuenta que, al inicio de la guerra de la Independencia, solo hay cuatro batallones como fuerzas regulares, y uno de ellos está formado por vascos. Añádase a ello las personalidades como Gaspar de Jáuregui, alias el Pastor, que mandaba en más de tres millares de hombres, y a quien se le nombró coronel. Con Jáuregui se aliaron un tal Zumalacárregui, y un tal Francisco Espoz y Mina, que luego protagonizarían muchos de los episodios de las guerras carlistas.

Lo que intento plasmar es que ni fue cierta la leyenda de que los vascos les pusieron alfombras para que pisaran blandamente los soldados napoleónicos, ni la gente veía a las tropas francesas y se alistaba en la guerrilla. Más bien, lo que les preocupaba en los pueblos, cuando llegaban las tropas, fueran francesas o españolas, era que no pagaban lo que comían, ni lo que bebían, y eso era a cuenta de los vecinos del municipio.

CUANDO CATALUÑA SE SEPARÓ DE ESPAÑA

La situación en Cataluña no era muy diferente, y también aparecieron guerrilleros semejantes a Jáuregui, como Josep Manso i

Solà, de la comarca del Bergueda, en Barcelona, un antiguo molinero que con su dinero formó una partida de migueletes y, una vez dentro del ejército español, llegó al grado de teniente general y fue condecorado con la Gran Cruz Laureada de San Fernando. A su muerte, Jacinto Verdaguer le dedicó un poema, y cualquier alcalde de Barcelona puede contemplar el retrato de este militar catalán, altamente condecorado por el ejército español, en la galería de Catalanes Ilustres del Ayuntamiento de Barcelona. Esperemos que estos alcaldes independentistas, que ahora han aparecido, y que ven a un militar de uniforme y tienen que tomarse un calmante, no echen mano de alguna «ley de memoria histórica» y lo descuelguen de la pared.

Otro ilustre luchador contra los franceses, que también aparece en la galería municipal, es Antonio de Campmany y de Montpalau, filósofo y economista, que en 1811 propuso que el día 2 de mayo fuera declarado fiesta nacional en todo el territorio. Dejó escrito:

Adonde quiera que os lleve la fortuna, lleváis la patria con vosotros. Cuando perecierais todos, iremos los viejos, los niños y las mujeres a enterrarnos con vosotros, y las naciones que trasladen a esta desolada región sus hogares y su servidumbre, leerán atónitas: AQUÍ YACE ESPAÑA LIBRE. Y yo doy aquí fin a este escrito por no morirme antes de tiempo.

Tuvo sus enemigos, como Queipo del Llano, conde de Toreno, y en especial el poeta y político Manuel José Quintana. Todos muy patriotas, muy españoles, pero consideraban que Campmany era demasiado tradicionalista, y un español lo puede soportar todo —un sitio, una guerra, el hambre, la escasez— menos que un compatriota no piense exactamente igual que él sobre política. Es algo que, en general, aguantamos con escasa paciencia, y algunos con tanta intemperancia y exceso que más que herir la fama, ronda el ridículo, como esta espesa ristra de adjetivos sobre un hombre como Campmany, autor de varios libros sobre el idioma español:

Hipócrita, negro calumniador, asesino, pirata y salteador del mundo literario, maldiciente, crítico, superficial, injusto y maniático, mero practicón y casuista en gramática, ignorante en los verdaderos principios de la metafísica del lenguaje, ansioso de morder y despedazar, envidioso, dómine pedante, delator y hombre infame.

Campmany debía de ser templado, porque no se enfadó en exceso, y lo único que hizo fue recordar que cuando el 2 de mayo de 1808 se levanta el pueblo de Madrid contra los franceses, el poeta Manuel Quintana sale huyendo de la capital.

Pero son más los que se quedan, y se enfrentan, y no le temen al riesgo.

Jaume Galobardes vive en Santa Coloma de Gramanet, y él mismo se convierte en cronista de lo que sucede, y escribe lo siguiente:

Si encontraban a uno —un francés—, tanto si era soldado como paisano, lo mataban. Desgraciado del hombre que hablara distinto de los de aquí, ya que, si no era catalán ni castellano, había perdido la vida.

La vieja fórmula del matar primero y preguntar después parece que no nació en el *far west*.

Resulta curioso que Gerona se haya transformado en uno de los núcleos más duros del independentismo actual —en 2016 Junts pel Sí logró casi el sesenta por ciento de los votos— y fuera en la guerra contra los franceses uno de los núcleos más duros y resistentes, de tal manera que la ciudad solo la pudieron tomar cuando la muerte, el hambre y la enfermedad la habían vencido, no las tropas napoleónicas. Se hizo popular una copla, que en medio del asedio cantaban con gran sentido del humor:

—*Digame tu, Girona,
si te [...] n'arrendiràs*

—*¿Com vols que m' rendesca
si Espanya no vol pas?*

(—Dime tú, Gerona,
si te rendirás [...]
—¿Cómo rendirme podría
si España no querría?)

Y en la revista *Barcelona Cautiva*, que imprime Antonio Brusi, en Barcelona, se publican estos versos:

Al arma, españoles, / al arma corred,
salvad a la Patria / que os ha dado el ser.
Haciendas y vidas / todas ofreced,
si os llamáis sus hijos / mostradlo otra vez.
¡Viva nuestra España, / perezca el francés,
mueran Bonaparte / y el duque de Berg!
Recuerdo de Sagunto / excita nuestro ardor
y cual ella perezca / todo buen español.
A Numancia imitad, / renuévese su horror,
y antes que ser esclavos / muramos con honor.

Me imagino que un gerundense coetáneo y secesionista pensará que estas son manipulaciones inventadas desde las cloacas de Madrid, pero las hemerotecas y los documentos históricos no tienen ideología.

Tampoco debió de ser ideológico el decreto que firmó Napoleón el 26 de enero de 1812, incorporando a Francia cuatro departamentos que comprendían toda Cataluña y que eran Departamento de las Bocas del Ebro, con prefectura en Lérida; Departamento de Monserrat, con prefectura en Barcelona; Departamento del Segre con prefectura en Puigcerdá, y Departamento del Ter con prefectura en Gerona. Es decir que, históricamente, Cataluña sí estuvo separada de España..., pero bajo el imperio francés, siendo su capital París, en lugar de Madrid.

La burguesía, acostumbrada a los beneficios de unos aranceles que decretaba Madrid y que siempre les favorecían, se sintió desconcertada, pero pronto hizo de la obligación virtud e intentó competir con las fábricas y artesanías francesas para intentar llegar a ese mercado, aunque tampoco tuvo demasiado tiempo, porque aquello duró poco más de dos años. Vuelta, pues, al proteccionismo arancelario.

Hay un viajero ilustre, enamorado de Italia, que viajó por toda Europa como militar primero y como funcionario después, y que al visitar Barcelona, anota el detalle:

[...] quieren leyes justas, con la excepción de la ley de aduanas, que debe estar hecha a su antojo... Es preciso que el español de Granada, Málaga o La Coruña no compre los tejidos de algodón ingleses que son excelentes y cuestan un franco la vara, y se sirva de los tejidos catalanes, muy inferiores, y que cuestan tres francos la vara.

La diferencia es solo del trescientos por ciento.

Este turista no es otro que Henri Beyle, más conocido como Sthendal, amigo de Prosper Mérimée.

En el mismo año en que el autor de *La Cartuja de Parma* se pasea por Barcelona, un ilustre catalán, Laureano Figuerola Ballester, se gradúa en Barcelona como bachiller en Leyes. Llegaría a ministro de Hacienda, con el general Prim, otro catalán, y crearía la peseta, que fue nuestra moneda hasta el año 2001. Liberal y enemigo de aranceles y proteccionismos, Laureano Figuerola se enfrentó con sus paisanos, que no renunciaban a los privilegios de los que siempre habían gozado, y en las Cortes tuvo duros enfrentamientos con Francisco Pi i Margall.

VOLVAMOS A LAS BANDERAS

Si la cuatribarrada, o las cuatro barras de gules, es la bandera de los reyes de Aragón y, posteriormente, la de los territorios com-

prendidos en la Corona de Aragón —Aragón, Cataluña, Valencia, Baleares y Nápoles—, la estelada es un invento de un piloto de la marina mercante, Vicenç Albert Ballester i Camps, nacido en Barcelona, y que se basó en la bandera de Cuba, de ahí la estrella.

La estrella de la bandera cubana la había diseñado Narciso López, inspirado en un despertar en Nueva York. Este Narciso López había servido a la Corona de España, pero al llegar a Cuba se sintió atraído por la insurrección, y para no ser encarcelado se marchó a Nueva York. Dice la leyenda que, al despertarse, vio las luces del alba y, al fondo, una estrella, que no era otra que la luz de Venus antes del amanecer, y que se la conoce como estrella matutina o lucero del alba. Nadie sabe si es verdad, o fue producto de una resaca, porque los amaneceres con resaca suelen nublar bastante la vista, esté uno en Nueva York o en La Habana.

El caso es que Narciso López no tuvo que levantarse de madrugada y ver luces en el horizonte, sino que copió la estrella de los independentistas cubanos y la endosó a la cuatribarrada.

El independentista Ballester i Camps fue un gran activista político, y fundó una revista, *La Tralla*, en la que escribía fogosos artículos. Los firmaba con seudónimo, y había dos que eran los más empleados: Vic y Vicime. Aquel significaba «Viva la Independencia de Cataluña», y este otro, mucho más completo, eran las iniciales de «Viva la Independencia de Cataluña y Muera España» (Vicime). Murió él antes, en el Maresme, tras una grave enfermedad, un poco antes de terminar la guerra civil, con lo que se evitó el enorme disgusto de ver entrar a Franco en Barcelona unos meses más tarde.

Si el origen de la estelada no posee tintes legendarios, tampoco los tiene el de la ikurriña, que unos dicen que se inventó en el café Iruña, de Pamplona, un poco antes de ser exhibida en Castejón, y otros, que fue un invento de Luis Arana, donde mezcló la cruz blanca y la cruz de San Andrés, pero para ser usada como bandera distintiva de los bizkaitarras. El asunto ha merecido muy entretenidas polémicas entre los nacionalistas, que se suelen distraer bastante con estas cosas, a pesar de que hay testimonios del

propio Arana que niegan que la exhibida en Castejón de Navarra en la Gamazada de 1894 fuera la ikurriña.

El propio Luis Arana aclaró:

[...] mi hermano Sabino me mostró su concepción de la bandera de Bizkaya un día que en nuestra casa de Albia, me hallaba yo, con su concurso, dibujando el escudo de Bizkaya y el letrero «EUZKELDUN BATZOKIJA» que íbamos a poner en el balcón de este primer centro nacionalista vasco. Me explicó la significación de sus atributos e inmediatamente se hizo sobre el papel el diseño de la primera bandera de Bizkaya que había de flamear en aquella sociedad próxima a inaugurarse en la calle del Correo de Bilbao el 14 de julio de 1.894. Era la bandera de Bizkaya que se la conoce con el nombre de la bicrucífera porque lleva la cruz blanca de nuestra fé cristiana y la cruz verde de San Andrés.

Miguel Izu aporta otra cita más:

[...] para que a los patriotas vascos no los hagan comulgar con ruedas de molino los que debían mostrarse escrupulosos en este asunto de las banderas nacionalistas vascas, voy a deshacer el error de los que creen que esa misma bandera u otra análoga enarbolara mi hermano Sabino cuando fuimos a Nabarra por la famosa Gamazada.

De cualquier manera, aquí tampoco hay avistamientos en amaneceres, ni manos manchadas de sangre que dibujen barras rojas sobre un escudo, sino la combinación de dos cruces, la cristiana y la de San Andrés, y convertidas más tarde en seña de identidad del País Vasco.

Mientras estaba recogiendo documentación para este trabajo, había terminado de leer un ensayo de Michel Pastoreau, un historiador francés que ha dedicado parte de su vida a analizar la historia de los colores. Y, en el capítulo dedicado a mitos y símbolos,

habla de las banderas. No me he resistido a copiar el siguiente párrafo:

Permanezcamos en el ámbito de las banderas. Me las encuentro a menudo en mis investigaciones, pero nunca les he dedicado un verdadero estudio, a pesar de que revisten el mayor interés para un historiador de colores y de emblemas. En realidad son objetos históricos que me asustan y, como un cobarde, siempre me he apartado de ellas. Por lo demás, no soy el único. Se les han dedicado escasos estudios serios. ¿Por qué? ¿Será porque el nacimiento de muchas de ellas estuvo envuelto en sangre? ¿Será porque los rituales militares o nacionalistas a los que dan lugar resultan inquietantes y peligrosos? A diferencia de otros emblemas nacionales o de otros símbolos estatales, la bandera aún espera a sus historiadores. Parece que da miedo, porque su acción sigue tan fuerte y excesivamente anclada en el mundo contemporáneo que es casi imposible tomar la distancia necesaria para intentar analizar su funcionamiento. Asusta sobre todo porque, como antaño, el vínculo que algunos tienen con ella puede aún dar lugar a apropiaciones partidarias, a cantidad de usos desvirtuados, a todo tipo de pasiones, a todo tipo de descarríos. Todos los días nos encontramos múltiples hechos políticos, ideológicos y sociales que nos lo recuerdan. Así pues, lo mejor es hablar lo menos posible de la bandera.

El párrafo es lúcido, agudo e interesante, pero no estoy de acuerdo enteramente con él. El ser humano es un ser social y desde la tribu al estado moderno necesita de símbolos y liturgias, incluso en su desarrollo individual. Los pueblos más primitivos establecían rituales para solemnizar la vida y la muerte, y decenas de miles de años después seguimos haciendo lo mismo, y enaltecemos lo que algunos llaman la BBC —Bautizos, Bodas y Comuniones— y también las pompas fúnebres con las que honramos a los muertos. Es cierto que existe una corriente desmitificadora

que incluso trata de sustituir las ceremonias tradicionales con sencillos actos administrativos, pero cuando asisto a una boda, y tengo que ir al ayuntamiento, me cuesta mucho desprenderme de la idea de que parece que voy a recurrir una multa o a pagar el Impuesto de Bienes Inmuebles. No es una cuestión generacional, porque de un tiempo a esta parte las ceremonias nupciales, que huyen del rito religioso, están reinventado unos ritos tan parecidos que parecen malas copias. Y es que, en cuestiones de liturgia la Iglesia católica tiene siglos de experiencia, mientras que los organizadores de ceremonias laicas todavía están en primero de solemnidad. Y, luego, al final, una boda en una catedral o un templo con los tubos del órgano lanzando el *Aleluya*, de Haendel, no tiene rival por muy bonito que esté el porche, o el comedor del restaurante, y no te digo la sala del ayuntamiento de turno, a pesar de que se van incorporando lecturas de poemas, y los concejales y los alcaldes intentan imitar la homilía del sacerdote. Noto que las llamadas bodas laicas progresan adecuadamente y, dentro de cincuenta años es posible que ya se parezcan bastante a las bodas católicas, aunque falta todavía mucho. Por ejemplo, ese instante en que el sacerdote dice que si alguien tiene algún argumento en contra de la unión que lo manifieste y si no, que calle para siempre, a mí me pone, y aunque se trate de la boda del hijo de un conocido a la que he acudido por puro compromiso social, siempre remueve mi alma de novelista y no renuncio a la posibilidad de que un día aparezca una joven con un niño de la mano y diga:

—¡Ese hombre no puede casarse. Es mi marido y este es su hijo!

¡Qué momento! ¡Qué melodrama! ¡Y doscientos o trescientos cubiertos, a más de cien euros cada uno, aguardando a los invitados!

La sociedad occidental es la que más ha avanzado en el reconocimiento del individuo y de su libertad, pero eso no quiere decir que no sigamos sintiendo el orgullo de pertenecer a colectivos grandes y pequeños. La insignia del club de fútbol preferido, la del colegio en el que hiciste el bachillerato, la de la ciudad, la de

un club gastronómico o un partido político, las suelen llevar los chicos en el ojal de la solapa izquierda de la chaqueta. Y eso no quiere decir que renuncien a su individualidad y su libre albedrío.

Así pues, con la misma naturalidad con la que asumimos nuestra pertenencia a una asociación o una comarca a la que se va de veraneo, parece que sería lógico aceptar la pertenencia a una de las naciones más antiguas de Europa, y que la bandera viniera a ser la insignia de la asociación de antiguos alumnos o el emblema de la universidad en la que impartes clases o te las dieron. Pues en España no es así. Se admite que se lleve la enseña de un club deportivo, y eso no presupone que los demás vean al portador del escudo deportivo como un peligroso revolucionario de izquierdas o como un no menos peligroso totalitario de derechas. Ni tampoco ostentar la insignia de un orfeón o de un colegio profesional proyecta la definición de que quien la lleva es carnívoro o vegetariano. Sin embargo, durante mucho tiempo, y todavía persiste, llevar los colores de la bandera de España en una diminuta parte del suéter, del polo o de la camisa, significaba/significa, que el portador de la pequeña enseña, que representa a su país, es un peligroso totalitario que duerme por las noches urdiendo la manera de perpetrar un golpe de Estado que termine con la democracia.

Una chica francesa puede llevar estampados los colores de la bandera de su país en el sujetador y en la braga de su biquini, y nadie va a cuestionar su ideología. Un chico inglés, en su país, o en otro en el que pase sus vacaciones, se puede poner una camiseta donde aparezca la bandera del Reino Unido, y nadie especulará si es simpatizante de los laboristas o de los conservadores. Un ciudadano alemán puede usar, para sujetar los puños de su camisa, unos gemelos en los que esté grabada la bandera de la República Federal Alemana, y ese detalle no incitará a nadie a que el portador de esos gemelos tenga, como una de sus principales ensoñaciones, que vuelva el nazismo y aparezca un nuevo Hitler.

Ya sé que parece una obviedad, pero en España, durante mucho tiempo, si una chica usaba un bañador con los colores de la bandera de España, o un chico se ponía una camiseta con la

rojigualda o usaba unos gemelos chapados con la bandera ¡de su país! eran considerados fachas, ultraconservadores, e incluso franquistas, que es un término exótico que todavía emplean algunos tontos contemporáneos, que nacieron cuando ya el dictador Franco había muerto, y que, desde luego, no sufrieron ninguno de los autoritarismos que lleva consigo cualquier dictadura.

¿Por los cuarteles? ¿Por los estancos, hoy de capa caída?

APROPIACIÓN INDEBIDA

Todo totalitario intenta envolver su autoridad con la identificación con la patria.

Los aspirantes a totalitarios, como suelen ser los dirigentes de los partidos nacionalistas, hablan en nombre del pueblo, incluidos los gestantes a punto de nacer. Se arrojan la representatividad de todo el colectivo, aunque solo les hayan votado bastante menos de la mitad de los ciudadanos. Un dirigente del Partido Nacionalista Vasco habla de los vascos como si fuera su síntesis y todos, todos —desde el bebé vasco que solo mama y todavía no habla, hasta el vasco senil, que ya no tiene ni fuerzas para hablar— todos, absolutamente todos, están representados por él, y él, el político nacionalista, sabe perfectamente lo que quieren todos los vascos y todas las vascas. Porque para ser un nacionalista de provecho hay que decir «los vascos y las vascas», cansina locución que se extiende con esa facilidad con la que las tonterías contemporáneas se contagian, y ya no hay sector que esté libre, de tal manera que ya es frecuente oír eso de los abogados y las abogadas, los notarios y las notarias, los ingenieros y las ingenieras..., los estúpidos y las estúpidas.

Franco se autonombró a sí mismo síntesis de todos, absolutamente todos los españoles, y la patria, que es un concepto abstracto, se materializó en un ser humano concreto, que era él.

Franco fue un militar africanista, astuto, listo, y no necesitaba saber de la *hybris* del totalitarismo, ni haber leído a Popper, ni

precisaba saber quién era Raymond Aron, para seguir al pie de la letra las condiciones de un buen totalitario: partido único; fusión y hasta confusión entre partido y Estado; persuasión, coerción y prensa a manos del Estado, y el dictador encarna al partido, al Estado y a su población. Todo esto, naturalmente, no es debido a un golpe de Estado y a una guerra civil, sino que tiene su origen nada menos que en la voluntad de Dios. Y para que no se olvide, en las monedas que acuña el Banco de España puede verse grabada la efigie de Franco, el caudillo providencial que nos hará a todos felices, y alrededor una leyenda que certifica quién es la persona representada en la efigie: «Caudillo de España por la gracia de Dios». No por el Ejército, por Falange Española o por la Conferencia Episcopal, que entonces no existía, sino nada menos que por designación del mismo Dios.

A partir de esas premisas nada es discutible, y a la fusión y confusión entre partido único, o sea, Falange Española y Estado, se añade el Ejército, que va indisolublemente unido a la figura del elegido por Dios, que suele aparecer vestido de uniforme y rodeado de banderas.

Esa asociación persistente, a lo largo de los años, entre dictador y bandera, bandera y Ejército, motivó que la reacción en contra de la dictadura estuviese asociada a una subconsciente reacción contra la bandera y el Ejército. Y de la misma manera que ante la llegada de las ideas refrescantes de la Revolución francesa, al venir en las botas de los soldados franceses, rechazamos las botas y rechazamos la ideología, de igual manera se estableció un paralelismo de rechazo a la dictadura y sus símbolos.

¿Quién mantiene en el poder al dictador? El Ejército. ¿Cuál es el distintivo del Ejército? La bandera. ¿Rechazamos la dictadura? Entonces, rechazamos sus símbolos.

No se produjo la hipérbole de que, al rechazar la dictadura, rechazáramos también los estancos y hubiéramos dejado de fumar, quizás porque a los ideales no hay que sacrificarlo todo, aunque había una marca de tabaco llamada Ideales que siempre me produjo dudas sobre su ambigüedad.